

MARTA BRUNET FUE CALIFICADA COMO INMORAL Y HEREJE...



CUANDO Marta Brunet llegó a Santiago en la verde camioneta de su amiga y secretaria, Leonor Bustamante, y traspuso la verja florida de la casa de Avenida Tajamar 2185, donde la escritora permanecerá hasta que le desocupen su departamento de Avenida Bulnes, la primera visita que recibió fue la del ex Canciller, Germán Vergara Donoso, y la segunda, de ZZ, que no podía privarse del agrado de ser el primer órgano de prensa que le diera la bienvenida a su regreso a la capital. Con su espontaneidad habitual, Marta nos abrazó, contándonos luego, en alborotado testimonio, la hazaña del oftalmólogo español Joaquín Barraquer, que le salvó los ojos, eliminándole, con mano maestra, dos cataratas, que la habían colocado al borde mismo de la ceguera total.

Borracha de vista. —Este es el año más feliz de mi vida —nos asegura, mientras acaricia a los dos perros de Leonor, que están muy afeitados en su tarea de reconocimiento olfativo. Nadie puede saber lo que es este don maravilloso de la vista mientras no lo ha perdido. Yo he vivido esta experiencia, y por eso es que ando, literalmente, borracha de vista, borracha de luz, borracha de color. Tanto en España, como en Francia, Suiza, Austria y Alemania, países que recorrí, dándome verdaderas orgías de verde y cielos, de rostros y rincones, entraba a los mercados, me confundía con la gente en las grandes arterias, penetraba por gusto a los metros y a los cines, simplemente para ver. Fue así como muchas veces me sorprendí mirando las cosas más absurdas: las patentes de los automóviles, los visajes de los niños cuando se pelean, la calva de los profesores, los quiltros olisqueando alrededor de los venerables monumentos... Esta alegría de volver a ver se me tradujo una vez en llanto. No lo olvidaré nunca. Estaba en los alrededores de Santander, en un pueblecito llamado Pane, patria chica de mi madre y de mis abuelos maternos. Ya saben ustedes que mi madre era española por todos los costados. Anochece. Por el camino rural regresaban los campesinos. De repente, levanté la vista y vi —con estos pobres ojos míos— el lucero. ¡Hacia casi diez años que mis retinas habían sido incapaces de atisbar su belleza en el cielo de la tarde! Fue entonces cuando lloré, largamente y sin ruido, mientras seguía caminando por la senda polvorienta, la misma que hollaron los pies de los abuelos.

—Esta borrachera de ver, ¿le ha dejado tiempo para escribir, Marta?

—No me ha dejado tiempo, felizmente. Porque si me hubiera puesto a escribir, esas horas se las habría robado al gozo inefable de ver. De todos modos, le compré una máquina de escribir a Marta Brunet, para que se ponga a escribir cuando se canse de ver. ¿Ocurrirá alguna vez? Sin embargo, no he vivido lejos del proceso literario. Por el contrario, lo que ha pasado es que estoy viviendo una nueva realidad, cuyas proyecciones en mi literatura son insospechables.

El carrito. —¿Cómo empezó a escribir, Marta?

—Fue muy divertido. Teníamos en Chillán una especie de Ateneo sumamente local, pero en el cual militaban muchachos que habrían de jugar, más tarde, papeles bastante honrosos en diversas faenas. Entre esos "muchachos", se contaban Tomás Lago, Diego Muñoz, Armando Lira, Walter Millar, Alfonso Lagos... Nos reuníamos en mi casa, para hablar de versos y prosas. Mi madre, como buena española tradicionalista, tenía de ellos una idea no muy halagüeña. Por eso, apenas aparecían en casa, nos mandaba al viejo salón un carrito atestado de sandwiches, pernilles, mermeladas, leche, té, y café. "Pobres bohemios —solía decir—, ¡deben de pasar unas hambres con esas historias de los versos!..." Lo divertido fue que, muchos años después, conversando con Tomás Lago, le conté mis terribles aprehensiones de entonces. Tomás se quedó mirándome de hito en hito, y me confesó: "Mira, chiquilla; es muy cierto que nosotros íbamos a tu casa por ti y la literatura, pero también por el carrito..."

Campanas al vuelo. —¿Consiguieron publicar algo en Chillán?

—Naturalmente. Eramos tan entusiastas, que fundamos una editorial, cuyo primer volumen fue un librito de versos de un gran amigo mío, llamado Absalón Baltasar. Ni corta ni perezosa, se lo despaché a Santiago a Hernán Díaz Arrieta, con una elocuentísima carta, que pareció haberle caído muy bien a Alone. Así ha debido ser, pues me contestó diciéndome que los versos de mi amigo eran muy malos, pero que mi carta le revelaba la existencia de una verdadera escritora. Terminaba pidiéndome algo en prosa. Yo le mandé unos versos míos, con otra carta. Alone me contestó entonces, que los versos míos eran tan malos como los de Absalón, pero que, en cambio, la carta seguía revelando una prosista de grandes condiciones. No me quedó otra cosa que quemar mis pobres poemas y enviarle al terrible crítico los originales de una novelita que tenía muy escondida. La respuesta no tardó en llegar, y fue tan exaltada, que yo miraba para los lados, creyendo que se trataba de otra persona. Recuerdo que en una parte, Alone decía, ya en el paroxismo de la exaltación: "¡Dan ganas de echar a vuelo las campanas cuando nace un escritor de la talla de Marta Brunet!..."

Y muy gordos. —¿Tuvo problemas con este libro?

—Y muy gordos, como solía decir, castizamente, mamá. Cuando salió la novela, las señoras beatas de Chillán armaron un lío tremendo, acusándome de inmoral y de hereje. Las niñas de las familias bien, recibieron orden de quitarme el saludo. En medio de tanta amargura, hubo un sacerdote español, el padre Nicolás Marín, que salió hidalgamente (¡qué menos en un caballero hispánico!), en mi defensa. Fue a ver a mis consternados padres, y les probó que si yo escribía, era porque estaba poniendo en juego un don de Dios, y que lo incorrecto sería, justamente, poner cortapisas a una vocación que era su mejor regalo. Además —agregó—, lo que Martita ha escrito no es inmoral ni blasfemo, puesto que ella se ha limitado a mostrar algunos aspectos sombríos de la vida, que en realidad existen, y que ningún cristiano puede desconocer, so capa de una pretendida virginidad mental.

—Una última pregunta: ¿Cuáles son sus personajes más queridos?

—María Nadie, es, sin duda, el que más amo. Y también Solita, una modesta figurilla que cruza por las páginas de "Humó hacia el sur". No sé si Julián, de "Amasijo", llegue, también, a formar parte de mi familia imaginaria, no menos amada que la otra. ■